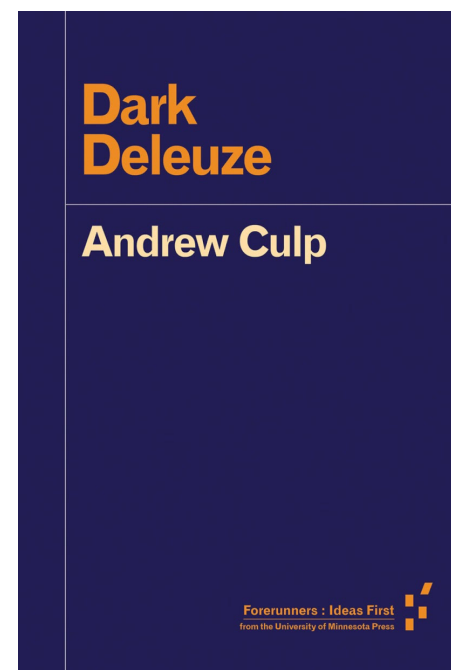


queremos destacar que además de desarrollar con prolija exhaustividad la hipótesis arriba enunciada, Vera Waksman alcanza uno de los puntos más fructíferos y esclarecedores de su reflexión cuando examina los diversos personajes extraordinarios (i.e. el Legislador, el tutor de Emilio, Wolmar, el sabio, el filósofo) en la filosofía rousseauiana.

Un rizoma no nos va a salvar la vida

SOLANGE HEFFESSE
(UBA)



Culp, Andrew, *Dark Deleuze*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2016, 80 pp. Idioma: inglés.

Recibida el 23 de agosto de 2016 –
Aceptada el 15 de septiembre de 2016.

Recientemente en Minneapolis, ha sido publicado por la Universidad de Minnesota, un libro que presenta un enfoque novedoso y polémico acerca de la obra de Gilles Deleuze. Su autor, Andrew Culp, es profesor asistente de Medios de difusión y comunicación emergentes en la Universidad de Texas, en Dallas, y se dedica a investigar los problemas vinculados a las nuevas tecnologías mediáticas y el movimiento anti-globalización en las sociedades contemporáneas. *Dark Deleuze*, su primer libro, fue publicado en junio de este año y aún no se encuentra traducido al español. Se trata de un libro breve pero audaz en el cual se propone confrontar el pensamiento deleuziano con lo intolerable de las condiciones de nuestro presente. Porque, tal como afirma el autor, la relación precisa que la filosofía de Deleuze mantiene con nuestro tiempo es un enigma abierto. *Dark Deleuze* busca recuperar su intemperividad, tras la constatación de que éste se ha tornado *demasiado* de nuestro tiempo. Un tiempo de felicidad imperativa y control descentralizado.

Bien cabe preguntarse hoy si una ética afirmativa de orientación nietzscheano-spinozista, como es la deleuziana –cuyos lineamientos generales giran en torno a la composición de y con las fuerzas que nos atraviesan, el incremento de la potencia de actuar, la creación de valores y el devenir-activo– no corre el riesgo de convertirse en una poderosa ideología del mundo contemporáneo, apoyándose en los efectos narcotizantes de un “spinozismo para las masas” fácilmente hallable en cualquier discurso del marketing motivacional y la auto-ayuda (Cf. Ipar, E., “¿Existe en el mundo contemporáneo una dimensión ideológica del spinozismo?”, en Diego Tatian (comp.) *Spinoza Quinto Coloquio*, Brujas, Córdoba, 2009). Es por eso que la búsqueda de un abordaje deleuziano de la dimensión

trágica de la existencia cobra relevancia y se constituye como un desafío para el deleuzismo. Ya Deleuze advertía que uno de los peligros de una filosofía afirmativa de la Diferencia que se plantea a sí misma como una ontología de la positividad e intenta pensar la Diferencia por fuera de las formas de lo negativo que la subordinan (la identidad, la oposición, la semejanza), era el de caer en las desabridas representaciones del alma bella, que encuentran su complacencia en la proliferación de diferencias conciliables y componibles al infinito, haciendo de una tolerancia casi idéntica a la indiferencia su valor ético principal. En contra de esas almas bellas, Deleuze indicaba que la positividad propia de los problemas que convierten a la diferencia en objeto de afirmación libera una potencia de otro orden, que difícilmente se integraría en esa imagen armónica: "Una potencia de agresión y de selección que destruye al alma bella, destituyéndola de su identidad misma y quebrantando su buena voluntad. Lo problemático y lo diferencial determinan luchas o destrucciones con respecto a las cuales las de lo negativo no son más que apariencias, y los deseos del alma bella, más que otras tantas mistificaciones tomadas de la apariencia" (Deleuze, G. *Diferencia y Repetición*, trad. por María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Amorrortu, Buenos Aires, 2009, p. 17).

Dark Deleuze se hace cargo de esa potencia de destrucción, recuperando una dimensión negativa que efectivamente está presente en la obra de Deleuze, pero que suele ser olvidada por la mayoría de sus intérpretes. El punto de partida de Andrew Culp es reconocer que la caracterización de Deleuze como un pensador de la positividad, centrada en algunas de sus contribuciones conceptuales más difundidas y "atractivas" (como por ejemplo la multiplicidad y conectividad del rizoma

en oposición a la jerarquización arbórea y la idea de una revolución molecular no centralizada ni organizada) dieron lugar a numerosos comentaristas y estudiosos que vieron la inmediata traducción de tales conceptos a distintas configuraciones de lo social en la era digital –Internet de las cosas, los movimientos e insurrecciones anti-sistema sin una coordinación central, etc.– buscando allí las claves para abordar esa cambiante realidad contemporánea (Cf. Culp. A., "Aliens, monsters, and revolution in the Dark Deleuze", publicado en el blog de University of Minnesota Press: <http://www.umnpressblog.com/2016/08/aliens-monsters-and-revolution-in-dark.html>). Culp llamará "canon de la alegría" a un conjunto variado de autores que enfatizan exageradamente el aspecto creativo y alegre del pensamiento deleuziano. Considera que en última instancia "conciben al cosmos como una compleja colección de agenciamientos producidos en un proceso progresivo de diferenciación" (p. 2), creando la imagen del pensamiento Deleuze-feliz que consistiría en "un sentido del asombro y acompañado por el disfrute de crear conceptos que expresan cómo el mundo existe realmente" (p. 2). Hay dos principios centrales que operan en las lecturas del canon alegre, y que permiten la convergencia de la filosofía deleuziana con los mencionados desarrollos de la era digital. En primer lugar, la conectividad –entiéndase redes, rizomas, agenciamientos, sistemas materiales o dispositivos (p. 67)– cuya lógica expansiva de las conexiones de todo con todo se convierte en el mantra de un optimismo desenfrenado que tiene por objetivo hacer que todo forme parte de un único mundo (p. 6), equiparándose a la "creciente integración de personas y cosas a través de la tecnología digital" (p. 5). La ambición cartográfica y geopolítica de Google sería una de las expresiones más acabadas de

este principio (p. 67). En segundo lugar, el productivismo: la alegría del crear por el crear mismo, anclada en los desarrollos de *El Anti-Edipo* acerca de la producción deseante y el proceso de autoproducción de lo real. Sostenido ingenuamente, relegando o ignorando el poder de destrucción necesariamente implicado en toda creación, los defensores del productivismo recaen en una admiración embelesada de la complejidad de la naturaleza que se contenta con la mera afirmación de lo dado (p. 67), donde además toda producción es tamizada por las lógicas capitalistas de acumulación y reproducción. Conectividad y productivismo son entonces los enemigos conceptuales de *Dark Deleuze*, pues Culp señala que si bien tales principios pudieron ser efectivos en su tiempo, haciéndose eco de la contienda situacionista en contra de la apatía y el aburrimiento existenciales (pp. 48-49), hoy son conceptos que carecen de resistencia a nuestro presente.

El canon de la alegría abarca un rango muy amplio y variado de corrientes, tales como el nuevo materialismo de Meillassoux, el realismo vinculado a De Landa, el aceleracionismo de Nick Land, el post-humanismo, vertientes de los estudios *queer* y de la actual corriente de estudios acerca de la afectividad, conocida como *affect studies*. Nadie queda a salvo de las críticas de Culp. Si bien es cierto que algunas de sus críticas son desarrolladas más en profundidad que otras, considero que de todas maneras una de las virtudes del libro es que sirve de mapa polémico de los debates y corrientes actuales en el amplio rango de problemas abiertos a partir de la obra de Deleuze. Por ejemplo, con respecto al problema de lo político en Deleuze, Culp toma una posición anarquista que lo lleva a criticar tanto al activismo micropolítico (pues por Tiquun sabemos que la contra-revolución puede ser tan micropolítica como la revolución

misma), como a los teóricos que defienden la idea de una democracia a partir de la ontología deleuziana; también al realismo especulativo por su ambigüedad y su falta de posicionamiento, y a aquellos que configuran la pretensión de un Deleuze liberal cuya propuesta política se reduciría a un mero intervencionismo creativo y una alegre tolerancia. Es en contra de esa tolerancia vacía que *Dark Deleuze* se propone cultivar y darle forma al odio hacia este mundo, un odio asociado más bien a la crueldad que al resentimiento, odio hacia lo intolerable, que define como "el presente vivido de encontrarse atrapado por algo tan insoportable, tan imposible, que debe ser destruido" (p. 68). Ese odio es insinuado por Deleuze, pero no es profundizado explícitamente más que en breves indicaciones. Para Culp, Deleuze falló en mostrar "cómo los afectos son dominados por tiranos, las revoluciones moleculares devienen fascistas y las máquinas de guerra nómades se enrolan en la lucha por el estado" (p. 8), muchas veces dejándose llevar ingenuamente por la vertiente de la alegría en su propio pensamiento. El objetivo de la conspiración *dark* es entonces el de canibalizar este mundo desde el mundo mismo, abolir toda ontología basada en una imagen del mundo como sistema coherente que impida trazar la línea hacia el Afuera y las incalculables fuerzas de lo inesperado (p. 26), y así "encontrar nuevas maneras de acabar con nuestro sofocante presente perpetuo" (p. 69). Los aliados de Culp en esta empresa serán Tiquun, Lyotard, Žižek, Marx, Artaud, Bataille, Foucault, Balibar, pero también Zourabichvili, Flaxman, Lambert, entre otros. Al rastrear y desplegar las oscuras figuras deleuzianas que carecen de un desarrollo acabado por parte de Deleuze –tales como la catástrofe, la crueldad, la indiscernibilidad, la vergüenza de ser un hombre y el terror hacia el afuera–, Culp no

busca mantener una fidelidad inconmovible sino más bien moldear esas figuras en función de sus propósitos argumentativos y polémicos. Así, la creación de conceptos de este libro no resulta un fin en sí mismo sino que se subordina al desarrollo de los distintos problemas tratados. Hemos asistido a la muerte de Dios y a la muerte del Hombre, muertes que señalan la insuficiencia de tales conceptos en tanto objetos del pensamiento y en la configuración de la experiencia (p. 66). La tarea pendiente ahora es entonces llevar a término la muerte de este mundo preanunciada por Deleuze. Ese sería el sentido por el cual Deleuze se refiere a *Diferencia y Repetición* (1968) como un libro apocalíptico (p. 25). Culp sugiere que la idea de Mundo es el presupuesto implícito de todos los intentos de reconstruir una ontología a partir de Deleuze: siempre se trata de reconstruir o repensar una ontología de este mundo. Pero eso no implica que deba serlo *para* este mundo: aún es posible encontrar la manera de “decir «no» a aquellos que nos dicen que debemos tomar el mundo tal como está” (p. 17), interrumpir la conectividad por medio de una selección. Ese sería el modo en el cual la filosofía deleuziana es aún capaz de interpelarnos en nuestro presente, en direcciones verdaderamente transformadoras de la realidad actual. Destruir este mundo (y no la creación de conceptos) es la gran tarea de la filosofía. A partir de esta idea, Culp estructura su libro en cuatro partes (además de la introducción y conclusión), que pueden ser leídas como los momentos o etapas de esa destrucción: “La extinción del ser”, “Avanzando hacia la nada”, “Hundimiento, destrucción, ruina”, y “El llamado del Afuera”. Cada una de estas partes se divide a su vez en cuatro secciones que analizan las distintas tareas problemáticas involucradas en esta misión, organizadas de acuerdo a una lógica pecu-

liar. Aquí nos topamos con lo que considero el aspecto más potente del libro. Apoyándose en los desarrollos de acerca de la disyunción inclusiva en *Lógica del sentido* (1969), Culp presenta una serie de tareas problemáticas en las que podría resumirse la obra de Deleuze (por ejemplo “el sujeto”, “la existencia”, “la ontología”, “el diagrama”, “los flujos”, “la velocidad” o “la distribución”, por citar algunas). Cada una cuenta con su solución feliz (el enfoque habitual en la literatura exegética), y una alternativa *dark*, el camino oscuro que Culp pretende convencernos de tomar “cada vez que seamos tentados por la vía de la afirmación” (p. 20). La operación de *Dark Deleuze* es entonces la conspiración de una serie de términos contrarios (p. 19): “La asociación que cada término tiene con su contrario es puramente incidental. La contrariedad de cada término no está dada, como si uno implicara al otro: propongo a los términos oscuros simplemente por su habilidad de usurpar inesperadamente la operación de su contrario. Los enfoques contrarios deben ser tomados como mutuamente excluyentes, ya que son procesos independientes que cumplen la tarea dada sin recurso a la otra” (p. 20).

Por ejemplo: si la tarea es la organización, la solución feliz es el rizoma y la *dark* radica en el pliegue/despliegue. La solución *dark* no debe concebirse como un opuesto de su contraparte alegre, porque un contrario no es un polo que se opone dialécticamente a su par estableciendo una secreta relación de complementariedad, sino que señala más bien la distancia positiva por la que se diferencian dos caminos excluyentes (p. 17). Se trata entonces de una establecer una “síntesis de disyunción exclusiva” en lugar de la inclusiva propiamente deleuziana. Lo oscuro no se opone a lo claro o luminoso: la oscuridad es contraria de la alegría cuando opera como un negativo no

dialéctico que irrumpe desde una posición de cierta exterioridad, con la pretensión de desactivar las oposiciones binarias tales como la de alegría y tristeza. Culp señala que muchas de las banalizaciones a las que se someten los conceptos de Deleuze y Guattari provienen en parte de la presentación retórica que ellos mismo utilizan en *Mil Mesetas* (1980), donde varios de sus conceptos aparecen como pares de dualismos (lo liso y lo estriado, lo molar y lo molecular, lo arborescente y lo rizomático, etcétera) cuyo efecto desafortunado sería una legión de comentaristas que predicán la moderación del justo medio (p. 19). Al insertar en cada par “un tercer término que llega desde el afuera” (p. 19), la conspiración *dark* contamina los dualismos, interrumpiendo toda dialéctica posible e imposibilitando el contentarse con la solución alegre.

En las secciones siguientes, el libro procede a desarrollar cada una de estas tareas y sus soluciones alternativas, demostrando la originalidad del autor y un gran conocimiento sobre la obra de Deleuze. A lo largo de las mismas, la profundidad de los análisis es muy variable, quizás por considerar que las asociaciones de los términos son incidentales, quizás porque se trata de un problema demasiado amplio –la negatividad en Deleuze– para ser resuelto en un libro tan breve. Lo cierto es que algunas de sus propuestas por momentos resultan bastante apresuradas. Tal vez la pretensión de Culp no sea tanto convencernos de abandonar el camino alegre y asumir el suyo en cada uno de los temas, sino más bien advertirnos acerca de las falencias y presupuestos de las soluciones habituales, pues lo que predomina en general es el tono polémico. No desarrollaremos aquí la totalidad de las mismas, ya que recomendamos en cambio la lectura del libro. Señalaremos solamente algunos de los

desarrollos que resultan más interesantes y consistentes.

Se destaca especialmente el modo en que Culp toma la figura de “despliegue” en tanto alternativa a la conectividad y comunicación del rizoma, en el problema de la organización. Recupera el movimiento del pliegue que señala “la doble relación de las fuerzas envolviéndose a sí mismas (y no la de algunas fuerzas en relación a otras)” (p. 39), y presenta al despliegue como una conducción de fuerzas y afectos que interrumpe la lógica acumulativa y aditiva del rizoma (pp. 39-40). En cuanto al problema del Sujeto, Culp opone a la solución habitual y “conectivista” de los agenciamientos colectivos el concepto de *des-devenir*, de su autoría. En contra de la idea althusseriana de subjetividades sin sujeto, Culp busca construir a partir de la lectura que hace Deleuze de la subjetivación en Foucault para plantear que el des-devenir o deshacerse del sujeto en un campo de fuerzas de desintegración de las identidades abierto al Afuera. Con esto intenta mostrar que el verdadero sentido del devenir “no tiene nada que ver con sujetos que se desarrollan” para convertirse en más de sí mismos (p. 28). El proceso es disolutivo, y su sentido no sería un mero “dejarse llevar”, pues encontraría su orientación en el odio que lo impulsa a emprender una guerra de resistencia y liberación, al localizar “algo intolerable fuera de sí mismo” (p. 29). Es interesante también el planteo que realiza con respecto al problema de la velocidad. Las alternativas son el aceleracionismo y el escape: en lugar de acelerar el proceso de desterritorializaciones del capitalismo (p. 44), la salida es escapar, instaurar una ruptura creando zonas de opacidad (inspirándose en Tiqqun), donde el retiro es ofensivo y estratégico (p. 48). Frente a esos desarrollos interesantes y

productivos, uno de los puntos que considero más débiles es el tratamiento que hace de la noción de intensidad. Culp subordina la noción al problema del afecto, lo cual lo lleva a decir que la intensidad no es más que “la prima más ligera de la crueldad” (p. 36), que sería su contrario *dark*, al que define como una fuerza disociativa que solo sirve para desconectarnos de nosotros mismos (p. 37). Con tal afirmación pretende oponerse a la corriente de estudios de la afectividad que conciben a la intensidad como “un sentimiento muy fuerte”, a partir del cual se escriben numerosas “auto-etnografías de lo inefable” (p. 37) que ignoran el carácter “no-humano, pre-personal y a-subjetivo” del empirismo trascendental deleziano (p. 37). Quizás, en función del problema de lo afectivo, sí sea posible pensar en reemplazar a la intensidad por la crueldad, pero la equiparación a nivel conceptual es dudosa, justamente desde el punto de vista del rol de la intensidad en el empirismo trascendental y los procesos de individuación, que de ningún modo son presentados por Deleuze como procesos “ligeros”.

Si retornamos a nuestro problema inicial de cómo pensar el dolor desde una ontología de la positividad, la relevancia que encuentro en la propuesta de esta “lógica de los contrarios” radica en que nos invita a romper con los dualismos de lo alegre y lo triste para intentar pensar, en sus propios términos y desde la ontología deleziana, a la tristeza y el dolor en tanto configuraciones reales de la existencia, a la vez individual y colectiva. Deleuze dedica largas y hermosísimas páginas a cuestiones como el aumento de la potencia, el componer con lo que conviene con nosotros, a la alegría de tales composiciones... pero es posible notar en su obra también el pulso de lo oscuro y lo doloroso como un zumbido silencioso pero vital, sobre todo leyendo o escuchándolo a la luz de los despliegues actuales

del optimismo y de las revoluciones que en nombre de la alegría se llevan a cabo en nuestra sociedad. Quizás el tirano hoy ya no se contenta con entristecernos, quizás sea posible actualizar ese diagnóstico spinozista, incluso desde el propio pensamiento de Deleuze. Ya estamos grandes, dice Culp, para pensar que un rizoma será suficiente para salvarnos (p. 38). Al comienzo de su libro, Culp invoca la famosa caracterización que hace Deleuze de su manera de leer filosofía: una inmaculada concepción que consiste en tomar a un autor y hacerle hijos por la espalda, hijos monstruosos que ellos mismos jamás hubieran creado, pero que al mismo tiempo se verían obligados a reconocer. Damos la bienvenida a este nuevo vástago de la fauna deleziana.